

**BREVE HISTORIA DE
LOS ÍBEROS**

BREVE HISTORIA DE LOS ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado



Colección: Breve historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los íberos
Autor: © Jesús Bermejo Tirado

Copyright de la 2ª edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-976-7

A mis padres,
las escasas virtudes que poseo
se las debo a ellos.

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	19
CAPÍTULO 1	
El problema de los orígenes	29
CAPÍTULO 2	
El enigma de las lenguas ibéricas	55
CAPÍTULO 3	
Los diferentes pueblos ibéricos	67
CAPÍTULO 4	
¿Cómo veían los antiguos griegos y romanos a los iberos?	97

CAPÍTULO 5	
Reyes, aristócratas y caballeros (¿y esclavos?)	129
CAPÍTULO 6	
El legado monumental	153
CAPÍTULO 7	
La guerra en el mundo ibérico	193
CAPÍTULO 8	
La religión en el mundo ibérico	221
CAPÍTULO 9	
El ocaso de la sociedad ibérica	255
CAPÍTULO 10	
Curiosidades: las andanzas de la arqueología ibérica	271
Epílogo	289
Anexos documentales	295
Tabla cronológica (a.C.)	301
Bibliografía	305
Agradecimientos	351

Prólogo

Un navegante que llegase a las costas de Iberia en el siglo IV a.C. procedente de la Magna Grecia encontraría numerosos refugios, desde Ampurias hasta Cartagena, habituados al tráfico y al comercio de ida y vuelta en el Mediterráneo. En los puertos del levante de la Península, se hablaban con seguridad varias lenguas, entre ellas, el griego que a veces encontramos utilizado para transacciones comerciales, el púnico que traían los navegantes de Cartago y las lenguas indígenas que se acostumbraron a convivir y que también encontramos en los plomos ibéricos, algunos identificados como inventarios o cuentas de carácter comercial.

En los centros levantinos también sería habitual la estampa exótica de barcos extranjeros, de vestimentas, de modas y de multitud de elementos diferenciadores de las culturas mediterráneas. Pero también serían habituales los rasgos propios y diferenciadores de los pueblos indígenas que se acostumbraron desde muy antiguo a ese contacto comercial y marítimo.

Es por esta vía de la comunicación por mar como debemos explicar gran parte de los rasgos que diferencian lo que genéricamente llamamos mundo ibérico. El Valle del Ebro se convierte en un territorio estrechamente en contacto con los pueblos del exterior y las influencias arribadas a la costa. Lo mismo ocurre con otros ríos por los que remontan las influencias externas, como son el Júcar, el Turia y el Segura. Quizá cada uno de los territorios que forman la cuenca de los ríos y los tramos de costa que los separan adquieren rasgos y personalidad. La arqueología, cuando los estudia, revela una amplia gama de matices pero un cierto denominador común en el que, en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era se percibe un cierto predominio de la influencia helenizante que se había extendido por prácticamente todo el Mediterráneo desde la muerte de Alejandro.

Arribando al muelle de Cartagena y adentrándose al interior por el *Campus Espartarius* y las zonas montañosas que lindan con la Alta An-

dalucía, se encontró el camino terrestre para descender, Guadalquivir abajo, hacia otro gran valle fluvial ocupado desde fechas igualmente antiguas y donde las fuentes situaban un país de riquezas agrícolas, ganaderas y metalúrgicas. El valle del Guadalquivir es la arteria principal de la Turdetania y en su desembocadura varias ciudades, situadas en lugares abrigados para servir de refugio a los navegantes, llegaron a alcanzar una gran prosperidad.

El puerto más cosmopolita del Atlántico fue, durante estos siglos inmediatamente anteriores al cambio de era, la fenicia Gades. Desde allí se navegó por la costa norteafricana y por la costa occidental atlántica de la Península, hasta las fuentes del estaño. Llegar a Gades por tierra era tomar contacto con el gran puerto del Océano. La ruta terrestre que recorría todo levante y penetraba por el Guadalquivir hasta su desembocadura fue conocida en la antigüedad y estuvo rodeada por la aureola del mito y la leyenda, al situarse en ella el camino recorrido por Hércules para ir a Tartessos con el fin de robarle su codiciada manada de bueyes al rey Gerión.

También al Océano se podía llegar, y de hecho se había llegado igual que a la costa levantina, por vía marítima. La difícil y arriesgada travesía del Estrecho se veía recompensada con la acogida de establecimientos como el situado en el Castillo de Doña Blanca, Asta Regia, Caura,

algo más arriba o navegando un día más hacia occidente el emplazamiento de Onuba, en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, en cualquiera de estos puertos los navegantes orientales podían intercambiar sus productos, sobretodo por metales.

Los dos mundos descritos tienen unos rasgos diferenciadores que en gran medida son la consecuencia de sus propias raíces culturales y los estímulos externos que llegaron procedentes del Mediterráneo griego y del Mediterráneo púnico, hoy distinguimos los pueblos ibéricos del levante con sus ritos, sus ciudades y sus manifestaciones religiosas de los de la Turdetania, más apegada a las tradiciones de la época orientalizante, que a veces nos da la impresión de que perdura hasta fechas muy avanzadas.

Iberia era ese mundo que se había acostumbrado y había recibido influencias múltiples de sus relaciones con los pueblos mediterráneos, pero la península ibérica que nosotros concebimos hoy albergaba otros pueblos cuyos rasgos culturales estaban más cerca de las tradiciones europeas y atlánticas de la edad del hierro, el contacto con ellos fue menor y las consecuencias, una clara diferenciación entre levante y occidente en las culturas de la península. Tan solo cuando, dos siglos después de haber pisado los romanos el suelo hispano, Augusto decide

ocupar la totalidad del territorio peninsular, se inicia una política que va a llevar en cierto modo a la unificación cultural, aunque el proceso durará también algunos siglos.

Es difícil centrar, por tanto, lo que se puede definir como mundo ibérico, pero intentando ser rigurosos habría que referirse en un primer término a los pueblos de la costa y valles del levante y de una manera secundaria al territorio también difícilmente definible en términos geográficos de lo que se llamó la Turdetania. Por ello este libro tiene el valor de dar al lector que quiera iniciarse en los pueblos indígenas una visión en la que se abordan de manera muy amplia casi todos los puntos de vista con que ha sido tratado el tema hasta ahora.

En los últimos años ha habido distintas corrientes a la hora de estudiar, con documentación arqueológica, un pasado que en este caso se remonta a casi veinticinco siglos, por una parte las fuentes antiguas nos hablan de pueblos a los que ponen nombres y de los que nos describen elementos diferenciadores de índole diversa. Por otro lado la arqueología ve esas diferencias en la cultura material, es decir, diferencia rasgos culturales. Esto ha dado lugar a que a veces las escuelas se hayan enfrentado incluso con el componente añadido de los planteamientos ideológicos que condicionan las explicaciones históricas. El autor no ha eludido abordar estas

cuestiones y quizá por su juventud y por lo que con seguridad continuará desarrollando en otras obras en el futuro, debamos ver en este libro el anuncio de una nueva forma de enfocar la arqueología de los pueblos ibéricos. Sin duda ha tocado temas polémicos y en ocasiones ha dado su propio punto de vista, pero no ha ocultado advertir al lector cuando se encuentra ante un tema que aún hoy es objeto de debate.

La arqueología ibérica, en el estado en el que hoy la entendemos, es en gran medida una aportación al conocimiento de la antigüedad hecho casi en exclusiva en el siglo XX. Se puede decir que la primera gran figura que sistematiza lo que hasta entonces podía decirse fue Bosch Gimpera. Pero a lo largo del siglo se han ido haciendo descubrimientos y aportaciones realmente espectaculares. Desde la Dama de Elche, cuyo hallazgo fue muy en las postrimerías del XIX, hasta el descubrimiento de los espectaculares grupos escultóricos de Porcuna, hay un largo recorrido en el que se han ido incorporando piezas esenciales para el entendimiento del mundo ibérico y del mundo turdetano. Es presumible que a lo largo del siglo XXI la arqueología haga nuevas y espectaculares aportaciones. Es también presumible que la investigación arqueológica lea cada vez con mayor precisión los documentos arqueológicos que hoy tenemos a mano y los que se tendrán en

el futuro. El inicio de este nuevo recorrido le corresponde a las jóvenes generaciones, excelentemente formadas, que están comenzando ahora a replantearse con nuevos estudios lo que hasta ahora se había dicho del mundo ibérico. Uno de estos investigadores es Jesús Bermejo Tirado, que desde hace años viene observando con gran agudeza y profusión de datos los numerosos elementos de raíz mediterránea que pueden identificarse en el mundo cultural ibérico. El tema fue tratado desde esta óptica por otros autores, pero la novedad de este libro es la síntesis que hace de los últimos descubrimientos y los debates históricos a que nos han llevado. Su lectura es fácil y está pensado, sin prescindir del rigor metodológico de un arqueólogo minucioso, para hacer comprensible a un lector culto el estado en el que se encuentra hoy el conocimiento de un aspecto considerado esencial en nuestro pasado histórico.

José María Luzón Nogué
Catedrático de Arqueología de la
Universidad Complutense
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
9 de Enero de 2007

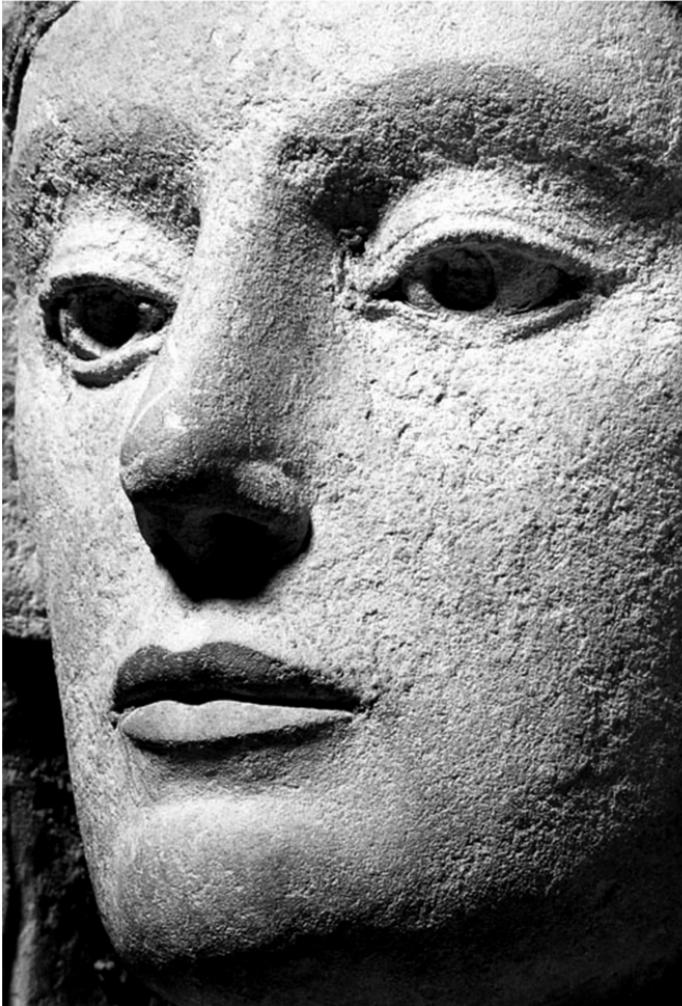
Introducción

En los primeros párrafos de su obra sobre el arte ibérico¹, el arqueólogo catalán Miquel Tarradell indicaba que la cultura ibérica, una de las sociedades con más personalidad del Mediterráneo occidental de nuestra antigüedad, era una completa desconocida, salvo en una serie de fórmulas escolares, para la mayoría de los españoles, incluso para los que poseían una amplia formación intelectual. Hoy, cuando han transcurrido más de treinta años desde que la obra saliera a la luz, los notables avances acontecidos en el conocimiento de esta etapa de nuestro pasado prerromano no se han traducido en un avance tan

¹ Publicado en la década de los años setenta.

significativo en cuanto a su difusión a un sector amplio de la sociedad. Lamentablemente, y aunque caigamos en un cierto pesimismo, la situación ha cambiado muy poco con respecto a lo descrito por el Dr. Tarradell, el español (o por extensión el iberoamericano) medio tiene una vaga noción del iberismo, y cuando la tiene está teñida de ciertas imágenes cargadas de connotaciones o tópicos, como la Dama de Elche, Picasso o la tauromaquia.

Esta obra va dirigida a cubrir algunos de estos huecos del imaginario culto que tenemos en común aquellos que compartimos un tronco cultural, el latinoamericano, y a aquellos que, asomándose desde fuera de él, tengan curiosidad por conocer nuestra prehistoria reciente. El conocimiento del mundo ibérico servirá sin duda para el enriquecimiento mutuo y para la valoración de los yacimientos arqueológicos, sobre todo en un momento en el que cada día sufren el expolio continuo debido a gentes ajenas a la verdadera sensibilidad cultural que pertenecen a todos los ámbitos de nuestra sociedad. El único antídoto que existe contra la amenaza constante de nuestro patrimonio cultural es el conocimiento, la educación, la creación de una conciencia personal generalizada sobre la necesidad de estudiar y conservar el pasado arqueológico. Porque el patrimonio histórico, incluido el arqueológico, es un bien público, es decir, nos pertenece a todos por igual y



Detalle del rostro de la Dama de Elche. Se puede apreciar la maestría del trabajo del escultor.

Museo Arqueológico Nacional.

todos tenemos la misma obligación de protegerlo y el mismo derecho a disfrutarlo, la mejor manera de valorarlo es conociéndolo. Por mucho que nos empeñemos en la adecuada gestión de la arqueología en su vertiente administrativa, tendencia que en la actualidad se extiende de manera preocupante por ámbitos que hace tan solo algunos años parecían innegociables, el fomento de su estudio es la mejor manera de protección de un bien cultural.

Para conseguir este fin, el alejamiento, paciente y constante, entre la disciplina arqueológica y el gran público deberá ser salvado de forma que se pueda integrar nuestra actividad en el ámbito social y educativo de la vida cotidiana de la ciudadanía actual. En un tiempo como el que vivimos, marcado irremisiblemente por los avances sociales y tecnológicos, estamos sin embargo en un estado embrionario en cuanto al desarrollo de instrumentos adecuados que permitan a aquellos que se encuentran fuera de una minoría selecta, el uso y disfrute del patrimonio arqueológico de aquellos que no quieren, o que no puedan, dedicarse de manera profesional a la investigación y conservación del mismo. En este sentido, el ejemplo de aquellos arqueólogos, mal llamados aficionados, que se sumergen de manera académicamente intachable en el estudio de las culturas de nuestra antigüedad debe servir de estímulo a aquellos que “solo” nos dedicamos a la arqueología de manera profesional. En realidad

esta forma de pensamiento arqueológico no hace sino recoger una línea de trabajo iniciada en España durante los inicios del siglo XX por una generación de eruditos y arqueólogos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza a los que queremos recordar con nuestras palabras.

Quien espere de este libro un relato novelado de la historia de estas gentes —convertido en una sucesión de batallas y personajes hasta la conclusión de un proceso perfectamente acotado en el tiempo— va a encontrar algo diferente. Esta visión del pasado, entendiendo por ello una simple sucesión de acontecimientos, no tiene mucho que ver con el quehacer cotidiano de los arqueólogos. El lector debe hacer el esfuerzo de tener paciencia pues la intención del autor no es otra que la de ofrecer una visión lo más completa y amena posible de las antiguas comunidades ibéricas en diversos aspectos. La claridad y el deleite han sido nuestras guías a la hora de componer este trabajo, espero que el lector disfrute al leerlo tanto como hemos disfrutado al escribirlo.

Siguiendo estos principios, vamos a prescindir de complejas tipologías, contextos estratigráficos y demás abigarradas referencias científicas, tediosas pero imprescindibles para la práctica de la investigación arqueológica, para quedarnos con lo más interesante: los elementos culturales interpretados de una manera divulgativa con el objeto de hacer más atractivo nuestro

discurso. El avezado lector deberá estar asimismo tranquilo ya que esto no va a significar en ningún caso la invención de hechos, lugares o materiales que se sustentarán desde una amplia batería de recursos documentales. La bibliografía que adjuntamos al final de la obra será excelente garantía de algunos de los términos a los que haremos referencia.

El texto se encuentra estructurado en torno a diversos aspectos generales de la sociedad que vamos a estudiar, también hablaremos de aquellos aspectos en los que tradicionalmente se articula el trabajo del arqueólogo, intentando que, por medio de una mezcla de precisión y pedagogía, los elementos con los que los arqueólogos estamos familiarizados sean explicados desde el punto de vista de los que no tienen esa familiaridad. Si conseguimos o no ese objetivo es algo que debe ser juzgado por cada uno de los lectores. El autor, por su parte, solo pretendía introducir a aquellos que se acerquen al libro en el estudio de la arqueología ibérica para intentar sacar este maravilloso mundo del destierro en lo exclusivamente académico a que esta condenado desde hace décadas.

Las referencias geográficas serán una constante a lo largo del texto. Lamentablemente la lógica del espacio nos ha impedido dar una información mucho más precisa sobre su ubicación, pues en caso contrario nos extenderíamos

en exceso. Esto no debe ser impedimento para que aquellos que quieran visitar en vivo estos sitios, museos y yacimientos, puedan rememorar o ampliar lo aprendido de esas comunidades. Ese ha sido el criterio desde el que hemos incluido la mayoría de referencias geográficas, el ofrecer un grupo de lugares al que poder acercarse a hacer una visita. Muchos de ellos, por su vinculación mediterránea, se encuentran cerca de puntos especialmente frecuentados durante los periodos de vacaciones. Su desconocimiento provoca en muchos casos la escasa afluencia de visitantes que padecen la mayoría de los yacimientos españoles. Un mayor número de visitas supondría un refuerzo en la obligación de conservar e investigar nuestro patrimonio arqueológico. Hasta que este deseo se cumpla, el visitante de lugares arqueológicos se enfrentará al abandono casi generalizado de una multitud de yacimientos muy interesantes. Tenemos conciencia personal de las dificultades con las que habitualmente tropiezan aquellos que quieren disfrutar de estos lugares. Debemos por tanto advertir al turista arqueológico que es necesaria una buena dosis de paciencia para la realización de esta actividad. Pero, en cierto modo, este tipo de penurias dotan al aficionado a la arqueología prehistórica y clásica de una cierta pátina de romanticismo.

La historia de los estudios ibéricos está salpicada por la ideología política de muchos de los que han sido sus protagonistas. La evolución del pensamiento político en nuestra historia contemporánea, y el triunfo de determinadas concepciones sobre otras, ha provocado que el mundo ibérico haya sido utilizado como paradigma de la unidad y el sentimiento nacionalista hispano, durante los años del régimen franquista, o como referente de una identidad autonómica, a partir de la llegada de la democracia en España. Pese a que pueda parecer lo contrario, los arqueólogos nunca hemos sido asépticos políticamente hablando, reflexionar sobre unas posturas y otras es un ejercicio muy saludable intelectualmente hablando. Este debate, que todavía sigue muy vivo, exige un tratamiento mucho más amplio del que podríamos haberle proporcionado en estas páginas que siguen a continuación, tal vez próximos trabajos sirvan de soporte para nuestras consideraciones sobre las conexiones de la arqueología y la política. Quizá el periódico retorno a este tipo de cuestiones sea la única manera de mantener una actitud crítica frente a la instrumentalización de la arqueología ibérica con fines políticos e ideológicos.

Somos conscientes de que el esfuerzo de síntesis que nos exige una obra de estas características ha provocado que sean muchos los elementos que queden en el tintero, sin embargo,

en algunas ocasiones merece la pena dar primacía a la visión de conjunto sobre los aspectos específicos. La bibliografía sobre esta materia adolece de tener muy pocos libros que aborden el tema de manera general aunque, cuando lo han hecho, en algunos casos se han convertido en auténticos clásicos de la literatura arqueológica española. Estas carencias seguramente son debidas a la rapidez con que se contrastan y desechan numerosas hipótesis sobre nuestra prehistoria reciente. En la actualidad, tan solo con la revisión continuada de las sucesivas monográficas y revistas científicas podremos obtener una visión aproximada de lo que ocurre en la investigación arqueológica contemporánea. El volumen de publicaciones y de estudios ha crecido tanto en los últimos años que solo es posible estar realmente al día en determinadas áreas específicas. Este libro no pretende un objetivo tan ambicioso, solo intenta ofrecer un cuadro general de un fenómeno de vital importancia para la comprensión del devenir histórico de la península ibérica. Estos *Príncipes de Occidente*, según reza el título de la reciente exposición de 1998 con sede en Barcelona, París y Bonn, crearon un arte, una sociedad. En definitiva, una cultura que debe ser definida y estudiada de manera adecuada para poder aproximarnos de una manera más profunda a nuestro patrimonio histórico común.

1

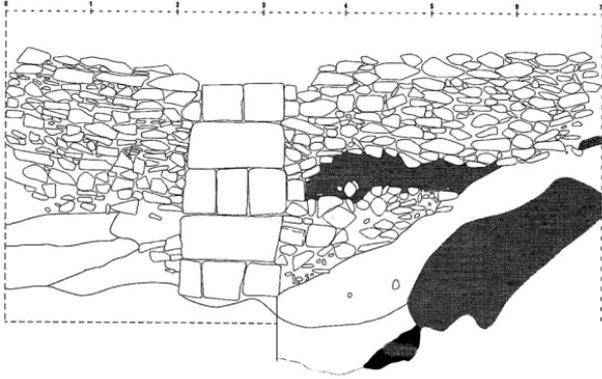
El problema de los orígenes

Son muchos los estudiosos que han intentado establecer una explicación que pueda ser adecuada a la hora de establecer el origen de una de las culturas con más personalidad en el antiguo occidente mediterráneo. El problema de su origen se ha tropezado con una serie de problemas arqueológicos que han supuesto que las interpretaciones hasta ahora propuestas resulten poco fiables. El principal de estos problemas es el desconocimiento absoluto de la lengua (o las lenguas) ibéricas. Su hipotética alineación con grandes troncos lingüísticos, de manera similar al indoeuropeo o las lenguas bereberes de origen norteafricano, se ha utilizado para buscar una posible vinculación a orígenes

de diversas zonas geográficas, sobre todo desde puntos de vista historicistas tradicionales, muy utilizados en la Europa del XIX y que tendían a buscar la explicación de los cambios en invasiones y conquistas de tipo militar.

Hoy descartamos una explicación de este tipo para buscar los orígenes del iberismo en nuestro territorio. Es por lo tanto la arqueología, es decir el estudio de los objetos depositados en el terreno, nuestra única guía para la búsqueda de una explicación satisfactoria. Descartado un origen norteafricano por la mayoría de los expertos actuales, hoy se tiende a poner el acento en la propia evolución interna de las poblaciones peninsulares influidas por aportes provenientes de gentes venidas de Grecia y Fenicia, o dicho de una manera más genérica, de otros lugares del Mediterráneo, por lo menos desde el siglo VIII a.C., por muy diversas razones.

Estos dos puntos de vista, interno y externo, deben ser tenidos en cuenta para comprender de manera más idónea el surgimiento de esta cultura. Esta propuesta para encontrar el origen de lo ibérico nos obliga a buscar un precedente en lo que los investigadores y las fuentes escritas han llamado Tartessos. La mítica ciudad, mencionada en numerosos textos, tanto clásicos como de origen oriental como la propia Biblia (en la que se mencionan las naves de Tarsis), ha sido uno de los temas más tratados por la

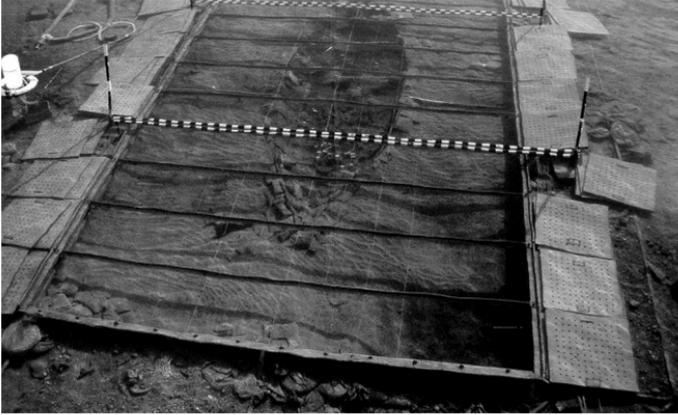


Reconstrucción de un lienzo de la antigua muralla orientalizante del Cabezo de San Pedro (Huelva), según García Sanz y Fernández Jurado (2001).

arqueología española de los últimos cien años. Tras sus huellas han ido generación tras generación de arqueólogos españoles, franceses y alemanes intentando descubrir los restos de la supuesta capital del reino donde gobernaba el legendario Argantonios, el longevo rey que acogió a Colaios de Samos, un navegante griego que fue arrastrado, según cuenta Heródoto, hasta las costas andaluzas por una tormenta. La mítica Tartessos, entendida como una ciudad, fue el blanco de numerosas rebuscas de arqueólogos que, con escasa fortuna y con los textos antiguos en la mano, intentaron sin éxito su localización en lugares tan dispares como la costa de Má-

laga, Cádiz, el Coto de Doñana o la ciudad de Huelva. Muchos de estos arqueólogos e historiadores elaboraron un origen helenizante para Tartessos intentando buscar las huellas de las antiguas navegaciones que, desde el Bronce Final, llevarían a los sucesores de los antiguos aqueos a arribar las costas de Iberia formando el germen de lo que se pasaría a denominar cultura Tartésica. Estos arqueólogos, algunos de los cuales se encontraban muy influidos por la ideología del momento, muy extendida por Europa a partir de los años veinte, negaron sistemáticamente cualquier tipo de influencia fenicia en la colonización antigua de la península ibérica. Paradójicamente, algunos de los seguidores de esta tendencia, en su carrera por convertirse en los descubridores de la capital de este reino, fueron descubriendo los restos de una profunda y amplia presencia fenicia en nuestras costas y por lo tanto han sido los causantes de la verdadera conciencia de la influencia oriental en lo que pudo ser Tartessos y en el origen del mundo ibérico. Poco a poco se fueron descubriendo los restos de una serie de asentamientos fenicios, más o menos vinculados al centro redistribuidor de Gadir (la actual Cádiz), que prueban el trasvase de gentes, y sobre todo de ideas, desde las ciudades de la costa fenicia, en especial de Tiro.

Estos descubrimientos fueron probando la existencia de un comercio continuado entre



Reproducción de una vista del proceso de excavación del pecio de Mazarrón (Murcia), tomado de un cartel del Museo Nacional de Arqueología Submarina de Cartagena, Ministerio de Cultura.

gentes venidas del Oriente mediterráneo y los indígenas, lo que solo es explicable mediante el desarrollo, por parte de los antiguos navegantes fenicios, de técnicas de navegación astronómicas, desarrolladas por los caravaneros de las rutas de comercio de los desiertos de Siria y Arabia, y de la ingeniería naval, fabricando naves tan efectivas como los famosos *hippoi* (caballos en griego, en referencia a los motivos con que estos hombres del mar decoraban las proas de sus naves) o los *gôlah* (voz semita similar al griego *gaulos*, que significa bañera).

Poco a poco el desarrollo de las tecnologías náuticas fue permitiendo la llegada cada vez

más frecuente de gentes venidas del Oriente mediterráneo entre los siglos VIII-VI a.C. Esta época en la que se produce un aumento de los materiales e influencias culturales de origen oriental en todo el Mediterráneo, incluyendo a Grecia, la Italia lial, Etruria y por supuesto la península ibérica, se conoce por los arqueólogos con el nombre de orientalizante y supone un auténtico movimiento cultural en todo el Mediterráneo antiguo. Poco después, los navegantes griegos también iniciaron un periodo de contactos con las poblaciones autóctonas del Mediterráneo occidental, en el que destacaron los habitantes de Focea, ciudad griega de la antigua Asia Menor, región que actualmente se puede asimilar a la costa de la actual Turquía. Según el historiador griego Heródoto, los foceos entraron en contacto con el rey local Argantonios quien les entregó plata suficiente como para financiar la defensa de su ciudad frente al gran enemigo persa que acechaba a sus puertas. Los foceos fundaron la colonia de Massalia, actual Marsella en la ribera mediterránea francesa, que sirvió de punto de partida para el establecimiento de las dos únicas fundaciones de origen griego que la arqueología ha logrado documentar en territorio español, Emporion y Rhode (actuales Ampurias y Rosas, en la provincia de Gerona). Pero pese a que, de momento, la presencia griega en asentamientos parece



Casco corintio de la Ría de Huelva (S. VI a.C.).
Los griegos que venían a comerciar a Iberia
estaban bien armados.

circunscribirse a una serie de áreas muy concretas, su influencia fue mucho mayor, a juzgar por la gran cantidad de objetos de procedencia helénica que se encuentran en nuestro litoral. Los hallazgos de buques hundidos, como el del puerto de Pollença (Mallorca), fechado en el siglo VI a.C., o los de armas, como el casco corintio de la Ría de Huelva o el de Jerez de la Frontera, nos señalan un ambiente de navegantes-guerreros que se aventuraban por nuestros ríos en busca de nuevos mercados para comerciar exponiéndose a la posible hostilidad de los nativos. Se trata de una época de descubrimientos y exploraciones que podría asemejarse a una especie de *Far West*, lejano oeste ibérico, una época de riesgo en la que aventureros, mercenarios y comerciantes convivirían en nuestro territorio en busca de las inmemoriales riquezas de Tartessos.

Hoy, cuando ya casi no tenemos la esperanza de encontrar la mítica ciudad, llamamos tartésico a lo que produjeron los nativos peninsulares de los valles del Guadiana y del Guadalquivir durante la época orientalizante, una sociedad muy relacionada con los colonos y comerciantes fenicios que buscaron fundamentalmente un aprovechamiento minero de algunas de las zonas más ricas de las serranías de las cordilleras ibéricas. También es cierto que muchos de ellos se asentaron en pequeños esta-

blecimientos de la costa dedicándose principalmente a la pesca y al aprovechamiento agrícola de las fértiles tierras del sur de Andalucía. El contacto entre las elites autóctonas y estos navegantes y colonos del oriente mediterráneo provocó que llegasen a nuestras costas una serie de rasgos culturales y procesos tecnológicos que posibilitaron la introducción de la península ibérica en las corrientes económicas del Mediterráneo antiguo. Entre esos aportes destacan algunos como la cerámica a torno, la extracción y tratamiento del metal por medio de técnicas mineras y metalúrgicas avanzadas, novedades arquitectónicas como las casas de planta rectangular, así como ciertos tipos de paramentos propios del ámbito oriental, por poner solo algunos ejemplos. Pero, por encima de todos ellos, uno de los principales avances lo encontramos en la introducción de la escritura, lo que abrió nuevos horizontes en los procesos de transmisión de la información. Aunque, de momento, no sepamos la profundidad con que se introdujo la escritura en los ambientes indígenas, el mero hecho de su introducción en fechas que podrían remontarse al siglo VII o VI a.C. nos indica que los primeros alfabetos peninsulares podrían haber sido elaborados al mismo tiempo o incluso antes que el alfabeto griego arcaico. Pero, además de adelantos tecnológicos, también se introdujo una serie de elementos cultu-



Cerámica fenicia de engobe rojo del tipo boca de seta.
Estas importaciones son una muestra de los productos
fenicios que llegaban a las costas ibéricas
desde el siglo VII a.C.

rales y artísticos que, por supuesto, han tenido su reflejo en el registro arqueológico. La penetración cultural en algunos casos llegó a ser tan profunda que alteró patrones de comportamiento tan arraigados en las sociedades como los rituales funerarios o los elementos de la religión.

Ese horizonte de hibridación entre ambos mundos, el de los colonizadores y el de las elites autóctonas, no debe entenderse como un fenómeno de conquista militar como el que se produjo durante la Edad Moderna en la América colonial, más bien se trata del estrechamiento de una serie de conexiones en el que los intereses fenicios y griegos podían cubrirse desde una serie de centros establecidos o desde una delegación estable en los propios asentamientos indígenas. No es muy difícil imaginar cómo determinados individuos de la elite autóctona aprovecharon su relación con los navegantes del lejano oriente para dotarse de un manto de prestigio con el que legitimar la preeminencia sobre otros asentamientos, asimismo estos régulos incipientes se beneficiaban de algunos progresos tecnológicos y artísticos que los griegos y fenicios podían proporcionarles, como adelantos arquitectónicos en las fortificaciones de sus asentamientos o nuevas formas de expresión plástica como la gran escultura en piedra, que será introducida y reelaborada por los artesanos ibéricos, de manera que adapten esquemas ideo-

lógicos grecofenicios a la idiosincrasia propia de los príncipes ibéricos. Por el contrario, los contratistas (por utilizar una terminología más cercana a nuestra época) griegos y fenicios se aprovechaban del comercio de las materias primas que abundaban en nuestra península, principalmente metales y productos agropecuarios, y se aseguraban su introducción en los mercados interiores de Iberia.

Pronto ese tráfico empezó a producir auténticas redes incipientes de comercio, lo que provocó la creación de vías de comunicación entre las diversas regiones de la península ibérica. Estas redes de comunicación se establecieron en torno a la Vía de Herakles, la gran vía de comunicación de la Iberia prerromana que penetraba desde el sur de Francia y conectaba, siempre discurriendo en paralelo a la costa, todas las poblaciones del mundo ibérico hasta la zona de Gadir (Cádiz), donde estaba el gran puerto del Océano. Esta era, junto a la navegación por el Mediterráneo, la única gran vía de comunicación que existió en territorio indígena hasta la época romana, pero ello no significa que no existiesen otras rutas de comunicación hacia el interior de la península, principalmente los cursos de los ríos y valles que penetran desde la costa levantina hacia áreas del interior. En el caso de algunos ríos podemos afirmar que eran navegables hasta zonas más interiores de lo

que lo son en la actualidad, de lo que tenemos un excelente ejemplo en el caso del Guadalquivir. Los estudios sobre el paisaje en la antigüedad nos indican que este río fue navegable por embarcaciones mercantes hasta la zona de la antigua *Corduba* (Córdoba), y la actual ciudad de Sevilla estaría situada en línea de costa por la existencia de un estuario que los romanos denominaron *Lacus Ligustinus*. Los pasos montañosos, pequeños valles y corredores naturales se convirtieron en un auténtico acicate para la creación de pequeños puestos que controlasen estratégicamente esas vías por las que discurrían los productos iniciando una época de dominación territorial entre las surgentes elites.

Hasta ahora hemos hablado mucho de las gentes venidas del otro lado del Mediterráneo pero, ¿con quiénes se encontraron estos aventureros, comerciantes, guerreros, mercenarios y navegantes al llegar a la península? ¿Con qué gentes tuvieron que comunicarse, intercambiar productos, luchar o convivir? Durante la Edad de Bronce habían surgido una serie de focos que se expandieron por determinadas áreas a juzgar por los restos arqueológicos que se pueden encontrar en todo nuestro territorio. La investigación actual no se pone de acuerdo en realizar una concreta caracterización arqueológica de estos focos culturales y, de momento, solo se pueden adscribir a un territorio de manera muy

imprecisa. Lo que sí sabemos es que en la vertiente mediterránea de Iberia, que coincide a grandes rasgos con el área de desarrollo de lo ibérico, empiezan a producirse una serie de cambios iniciándose un proceso que terminará por dar paso al surgimiento de una nueva época: la Edad de Hierro. Esta época de cambios se ha querido denominar de muchas maneras pero la mayoría de expertos coincide en referirse a ella como Bronce Final. Durante este periodo, que se puede situar entre los siglos XI y VIII a.C., y durante el posterior orientalizante, las sociedades autóctonas de esta vertiente peninsular comienzan un proceso de cambio que terminará por iniciar el desarrollo de la sociedad ibérica. Hemos hecho referencia a Tartessos como un fenómeno de aculturación de unas elites autóctonas, es decir, como un fenómeno que afectó a un segmento muy reducido de la población. Este proceso al que nos referimos ahora debería ser entendido como más amplio y profundo y afectó a la totalidad de los naturales del área ibérica y posteriormente del interior de la península.

Arqueológicamente, estos cambios se detectan a través, por ejemplo, de las variaciones en el patrón de habitación. Los núcleos de habitación se reorganizan y tienden a dotarse de una serie de medidas de defensa arquitectónica de manera elaborada. Los taludes y acumulaciones de rocas se sustituyen por incipientes muros de mampues-

tos y en algunos lugares, como en Puente Tablas (Jaén), acabarán por surgir auténticos bastiones defensivos, lo que supone una innovación técnica notable en la defensa de los centros. Además, algunas de estas construcciones defensivas están realizadas con paramentos de gran tamaño y peso que los antiguos denominaban «ciclópeos» en la creencia de que solo estos seres fantásticos poseían la suficiente fuerza como para amontonar semejantes rocas. Esos mismos asentamientos comienzan a planificarse, con lo que tenemos indicios del surgimiento de un incipiente urbanismo. En el poblado de El Oral (Alicante), aunque ya en pleno proceso de formación de lo ibérico, tenemos documentada la utilización de estructuras que sirven como soporte a más de un edificio, lo que prueba la planificación, cuando menos inmediata, de las formas más óptimas de construcción.

Estos cambios arquitectónicos darán lugar a un tipo de asentamiento muy extendido dentro del mundo ibérico. Se trata de poblados en alto, aprovechando las ventajas estratégicas de las defensas naturales y de la visibilidad que la altura proporciona, dotadas del entramado defensivo que comentábamos más arriba. Su aspecto imponente todavía puede apreciarse en las campiñas de Córdoba, Jaén o en el paisaje de Alicante. En algunos casos llegaron a convertirse en auténticas ciudadelas fortificadas a las

que los exploradores romanos se referían con la palabra *oppidum* o *castellum*.

Pero para realizar todas esas grandes obras era preciso tener una autoridad que ordenara y coordinara el esfuerzo de los grupos de personas que eran necesarias para extraer y montar todos esos grandes bloques de piedra. La «arqueología de la muerte», de las necrópolis², nos ha permitido en muchos casos conocer mejor cómo se fue produciendo ese fenómeno de evolución y jerarquización de la sociedad. Si durante la Edad de Bronce las diferencias en los enterramientos se deben en su mayoría a criterios de edad, sexo y familia, durante el Bronce Final asistimos a diferenciaciones de enterramientos sobre la base de criterios no biológicos (niño-adulto; hombre-mujer; familiar-no familiar). A partir de ahora, los ajuares y el ritual de enterramiento empiezan a poder interpretarse desde un punto de vista social donde el militar, el guerrero, en definitiva, el aristócrata comienza a diferenciarse de otros enterramientos más modestos y sobre todo sin una panoplia de armas que acompañe al difunto. El hallazgo, aunque en fechas posteriores, de restos de carros de caballos en enterramientos como Toya (Jaén) puede ser interpretado más que como una arma de utilización exclusiva en el

² Término académico que hace referencia a los antiguos lugares de enterramiento.

campo de batalla como un signo de distinción social de su poseedor. Las necesidades de objetos exóticos y costosos que confirmen su nivel social, como la cerámica griega o la importación de elementos artísticos que utilizar en sus monumentos funerarios, fueron una de las principales razones de ser del desarrollo de un contacto continuado con los elementos fenicios y griegos que comentábamos más arriba.

La agrupación de esas aristocracias en algunas poblaciones dará lugar al surgimiento de auténticos centros primarios en torno a los que se establecerá un dominio de tipo territorial. Este interés estratégico por el dominio del territorio se puede apreciar arqueológicamente a través de yacimientos de claro carácter secundario que se dispersaban por el territorio como medio de asegurar un control militar sobre determinadas áreas que implicaban vías de comunicación, como los valles de ríos o los pasos para penetrar en la meseta, o bien para integrar el mayor número posible de explotaciones agropecuarias dentro del dominio del príncipe de turno. Un ejemplo muy claro de este tipo de estrategias lo encontramos en la provincia de Valencia, en un gran *oppidum* ibérico asentado sobre el Tossal de Sant Miquel de Lliria. Este establecimiento, famoso por su cerámica con decoraciones figuradas, cuenta con una gran densidad de construcciones siendo el centro principal de una región,

la antigua Edetania, que incluye, a grandes rasgos, el centro y el norte de la provincia valenciana y parte del territorio castellonense. En torno a este núcleo principal poco a poco fueron surgiendo una serie de centros de carácter dependiente que se explican como consecuencia de la dominación territorial de los antepasados de los régulos ibéricos. Lugares como el Puntal dels Llops o el Castellet de Bernabé se explican como consecuencia de políticas similares. La descripción del Puntal es la de un pequeño hábitat, de no más de veinte casas, sobre una elevación del terreno que domina estratégicamente un paso contiguo. Dotado de una muralla defensiva e incluso de un pequeño bastión que protegía la zona más vulnerable del recinto, la entrada, debemos imaginarnos un centro mantenido como medio efectivo de extensión territorial de las elites instaladas en el Tossal de Sant Miquel.

El alto valor estratégico de algunos de estos entramados de establecimientos en torno a centros secundarios también puede medirse sobre la base de un criterio geográfico de fácil comprobación, la visibilidad. Estudios arqueológicos recientes han demostrado que existía una relación de visibilidad entre distintos establecimientos ibéricos de una zona de manera que se podía conseguir una comunicación secuencial en todas las áreas de una región como forma de comunicación ante cualquier contingencia de tipo bélico. La implan-

tación territorial de los señores-guerreros ibéricos será otra de las constantes a la hora de la creación de una plástica con la que inmortalizar su imagen y prestigio para la eternidad.

La evolución de los usos agropecuarios, marcados fundamentalmente por la introducción de herramientas de faena más avanzadas y resistentes, características de los comienzos de la Edad de Hierro en el Mediterráneo, supuso otra de las características principales de este proceso de cambios del que surgirá el iberismo. La amplitud de rendimientos y beneficios producidos por estos factores se puede detectar arqueológicamente con algunos ejemplos concretos como el de los numerosos silos para almacenar el grano de Ullastret (Gerona), reflejo de un excedente agrario con el que la clase dominante *indiketa*, la facción ibérica que se desarrolló en la zona, financiaba los numerosos productos cerámicos griegos así como la prestación de servicios variados, provenientes seguramente del cercano centro de Ampurias, que se documentan en el yacimiento.

Pero también se producen cambios en ámbitos tan eminentemente conservadores como el mundo de las creencias religiosas. En esta época asistimos al surgimiento de santuarios, es decir, lugares sagrados donde el devoto se pone en contacto con la divinidad. Algunos de estos lugares que eran la sede de cultos desde épocas ancestrales ahora reciben la atención de varios centros cer-



Vista del llamado Asclepeion (templo dedicado a Asclepios) de Ampurias (S. IV a.C.).

canos en el territorio. En algunos casos, seguramente llegó a producirse una identificación comunitaria en torno a estos santuarios siendo probablemente igual el dominio de un centro principal que el radio de acción de uno de estos santuarios. Abrigos, cuevas o elevaciones del relieve que empiezan a recibir signos de un tipo de culto diferente al que tradicionalmente se habían consagrado los habitantes de la región. El santuario de Despeñaperros (Jaén) contiene todos los elementos orográficos para entender su sacralización, aun hoy la belleza de ese paisaje resulta cuanto menos evocadora. En torno a él se desarrollaron una serie de rituales cuya huella arqueológica más visible la

tenemos en los numerosos exvotos (más de 6.000 conocidos), ofrendas a la divinidad con forma de figuritas de bronce que se conservan en nuestros museos. La mayoría de estas figuras, de carácter antropomorfo, nos dan muchas pistas para intentar caracterizar las formas religiosas de la época. Algunos de ellos están provistos de un exagerado falo como forma de petición relacionada con la fecundidad o la virilidad. Otras, por el contrario, tienen forma de carro tirado por mulas, lo que se ha interpretado como referencia a los ritos de tránsito pese a que su importancia como paso comunicativo entre diversas demarcaciones no fue tan grande a lo largo de la protohistoria como lo es en la actualidad.

Otro tipo de cultos con base territorial son los que tenían un marcado carácter heroico. El culto a un héroe, fundador de la dinastía y mítico creador del orden aristocrático de una zona, es una constante en el desarrollo de toda una serie de comunidades del Mediterráneo. En los últimos años se ha documentado un ejemplo único de este tipo de cultos en el área ibérica en el santuario de El Pajarillo (Huelma, Jaén), donde se han recuperado una serie de esculturas que hacían una clara referencia a este tipo de creencias religiosas.

Todos estos cambios deben insertarse dentro de un proceso de definición que terminó por crear las comunidades autóctonas con las que

los navegantes mediterráneos tuvieron que interactuar. Pero no han sido únicamente estos aportes los que han influido en la formación de la cultura ibérica, también debemos hablar de otra clase de contribuciones, las provenientes de la prehistoria centroeuropea, que normalmente son ignoradas o minimizadas por los especialistas de lo ibérico.

El inicio de la Edad de Hierro (s. IX a.C. aproximadamente) en la región centroeuropea se caracterizó por la eclosión de un foco cultural que en sus diversas variantes tuvo una expansión muy amplia por gran parte de la Europa continental. Los arqueólogos alemanes que estudiaron este fenómeno cultural lo denominaron Campos de Urnas, debido a un tipo de enterramiento que se caracterizaba por la cremación del cadáver y la deposición de sus restos dentro de una urna cerámica. Agrupaciones de este tipo de enterramientos se han documentado desde la frontera de la Europa del Este hasta penetrar en la península ibérica. Además, y precisamente asociadas a este tipo de prácticas funerarias, se han encontrado algunos otros objetos como determinados tipos de armas y demás piezas metálicas que han servido para completar su imagen. Nuestro desconocimiento de su lengua, su sociedad, o de casi cualquier aspecto no vinculado con algún tipo de consideración de estas gentes como una entidad cultural definida y concreta hacen que

nuestro verdadero conocimiento del fenómeno de los Campos de Urnas sea muy pequeño.

El viejo paradigma académico de los historiadores alemanes del siglo XIX y principios del XX, en el que las explicaciones «invasionistas» estaban a la orden del día, hizo que esa extensión que supuestamente tuvieron los Campos de Urnas se explicara como el reflejo de una serie de conquistas militares de gentes que se habían expandido desde algún centro originario de Centroeuropa. Desde esta perspectiva, en la que la explicación de cualquier cambio cultural es tan fácil como argumentar una guerra de conquista, los Campos de Urnas eran el reflejo de gentes agueridas que, provistas de armas, buenos caballos y una fiereza insondable, se lanzaban a la conquista de vastos territorios con un éxito arrollador.

Hoy aceptamos por norma que las explicaciones simplistas similares a las mencionadas no suelen resultar correctas y, más bien, se tiende a caracterizar dicho fenómeno como a la expansión progresiva de determinados individuos, grupos y formas culturales que en cada caso pudieron tener unos elementos u otros. Estos individuos que eran portadores de una serie de elementos culturales tales como sus armas o sus rituales funerarios (quizá los dos elementos más conocidos de los Campos de Urnas) pudieron adoptar diversas expresiones a lo largo de su expansión por la Europa templada. Una banda de

mercenarios, contratados por un asentamiento en conflicto con su población vecina, también puede servir para explicar la aparición en una determinada área de un tipo de espada característica de este horizonte. La búsqueda de nuevas rutas para la práctica de la trashumancia también nos puede servir para explicar la infiltración de pequeños contingentes de gentes en regiones en principio alejadas de sus focos de origen.

Esta progresiva infiltración cultural también se detecta en el levante y el sur, así como en áreas que posteriormente fueron regiones plenamente iberizadas. Los Campos de Urnas penetraron por los Pirineos dejando una serie de artefactos registrables arqueológicamente que nos indican una presencia en todo el área de la meseta norte y centro teniendo también un especial arraigo en Cataluña, el Valle del Ebro y el Norte de la Comunidad Valenciana, zonas todas ellas en el que este componente centroeuropeo quedará progresivamente eclipsado por el proceso de iberización que comentábamos más arriba. Pero, pese al progresivo retraimiento de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península, algunos autores han recuperado con gran éxito algunos de los rasgos culturales que seguramente proceden de esta fase y que han seguido desarrollándose en la tradición cultural ibérica. Seguramente, el más famoso y el más polémico sea la adopción de la cremación como rito fune-

rario frente a la inhumación tradicional de las poblaciones peninsulares durante la Edad de Bronce. El íbero preferirá el rito de la incineración de sus restos mortales y su deposición en urnas funerarias que irán evolucionando desde las toscas cerámicas a mano hasta lujosas importaciones áticas como las que detectamos en enterramientos tan significativos como las necrópolis de Pozo Moro (Albacete) o Galera (Granada).

Hasta ahora hemos analizado una serie de elementos considerados como importantes en el surgimiento del horizonte indígena. Debemos reafirmarnos en una idea que apuntábamos más arriba: la existencia de un proceso interno, el de la sociedad autóctona que tiene una serie de líneas de desarrollo propias detectables a veces incluso desde antes de la Edad de Bronce. El desarrollo mostrado por algunas facies del Calcolítico es buena muestra de ello. Sobre esta fase también actúa un proceso externo conformado por los aportes e influencias que recibe la Península debido a los múltiples contactos con otras gentes del Mediterráneo.

En definitiva, hemos de explicar el surgimiento del fenómeno cultural ibérico como la confluencia de variados factores que hicieron que esas gentes desarrollaran un foco cultural tan interesante y especial como el que estamos analizando.